

# HACIA UN ENCUENTRO PERSONAL DEL ADOLESCENTE CON CRISTO (II).

Manuel ARMALÉ, S. C.  
Salamanca

En todo estudio catequístico sobre el adolescente, el educador debe respetar una triple fidelidad: fidelidad a los «principios» de orden divino; fidelidad a los «principios» de orden humano y a los «principios» de la transmisión. En otras palabras, estudiar la psicología del adolescente para que el mensaje de Cristo sea visto por él en toda su actualidad y encanto, sirviéndose de los resultados de la pedagogía y de la metodología. Y así, facilitar y preparar el *encuentro del adolescente con Cristo* en un *diálogo y comunión de persona a persona*. Sólo así podremos darnos por satisfechos y habremos conseguido el fin de toda educación cristiana digna de ese nombre.

Intentaremos presentar las páginas que siguen como consecuencias y aplicaciones de los principios teológicos, psicológicos y pedagógicos que expusimos en nuestro anterior artículo (\*); pero tampoco perderemos de vista estos mismos principios, sino que los recordaremos y

---

(\*) Cfr. SINITE, número 19 (1966), pp. 57-85.

añadiremos otros, para ver la armonía entre la *doctrina y la vida* y evitar en nuestra enseñanza religiosa todo lo que disloque la unidad de la fe viva: una moral excesivamente casuística, por más que los jóvenes de nuestros días la encuentren interesante como consecuencia de un defecto de su edad, de su educación o medio ambiente, una dogmática demasiado abstracta y desvinculada de la vida, una apologetica demasiado racionalista y crítica.

Quisiéramos responder en este estudio a las preguntas siguientes: ¿Cómo suscitar el interés por el mensaje de Cristo?, ¿cómo presentar a Cristo al adolescente para facilitar el encuentro deseado?, ¿se puede introducir a los adolescentes en la amistad con Cristo? Educadores y psicólogos están de acuerdo para decir que si los adolescentes son orientados y ayudados fiel y discretamente, progresarán en el conocimiento y amor de Cristo: los adolescentes buscan un amigo, y Cristo los llama a su amistad, «*Vos autem dixi amicos*».

Sin embargo, algunos adolescentes muestran una respetuosa indiferencia respecto de Cristo; su Persona les atrae poco; se inclinan ante su grandeza, pero no le ofrecen gustosos su adoración, y mucho menos Cristo es el centro de su vida, como debiera serlo después de tantos años pasados entre nosotros, educadores, sacerdotes o catequistas. Otros adolescentes niegan o dudan de su humanidad y, sobre todo, de su divinidad. En esta concepción de algunos de nuestros muchachos sobre Cristo, ¿no tendríamos nosotros parte de la culpa, por no haber ido a lo central del Mensaje cristiano en nuestra catequesis, que debe estar toda ella basada y centrada en la *Persona de Cristo*? ¿Hemos adaptado la presentación de la Buena Nueva al desarrollo psicológico del adolescente? ¿Nos hemos servido, en nuestra catequesis de los adolescentes, de los recursos que pone a nuestra disposición la moderna pedagogía y ponerlos así en marcha hacia Cristo?

Presentemos a Cristo como el centro de la catequesis, pero huyamos de sentimentalismos y superficialidades: «¿No nos limitamos a reducir el mensaje de salvación, que es espíritu y vida, a una exposición de nociones áridas y secas? En lugar de fijar nuestra atención sobre la persona de Cristo, que está en el corazón del mensaje revelado, ¿no la desviamos sobre aspectos accesorios o sentimentales?», como se expresa el Cardenal Leger en su Alocución del 17 de junio de 1961.

Invitaremos al adolescente a comprender que el mensaje de salvación está hecho también para él; le está destinado, sin posibles equívocos; es decir, presentaremos nuestra catequesis de forma *personal* y nuestra enseñanza religiosa sobre el *tono del diálogo y de la llamada*. Pero, por otra parte, este Mensaje contiene todo el misterio cristiano, en la integralidad de su Revelación, y no llama otra respuesta que la que es dada en la obediencia de la fe. El catequista resuelve únicamente la cuestión, respetando todo el *Dato revelado y toda la libertad de la conciencia humana*. Si sacrifica algo de lo primero, midiendo a los adolescentes el alimento al gusto de sus deseos, extravía su ministerio en una pedagogía de los intereses que no es la de la fe; si descuida la libertad, construye un sistema que puede ser coherente en su verdad, pero sin influencia real sobre la conciencia.

De ahí la importancia de una presentación de Cristo al adolescente según las fuentes vivas del Evangelio y del magisterio de la Iglesia, sin ignorar la fidelidad a las leyes psicológicas del sujeto de la catequesis y las normas pedagógicas de la transmisión. Por esto, nuestro plan es el siguiente:

- A) Los aspectos positivos y negativos que hay que tener en cuenta en la presentación catequística de Cristo a los adolescentes.
- B) Cómo presentar a Cristo a los adolescentes.
- C) ¿Se puede introducir a los adolescentes en la amistad con Cristo?

## A) ASPECTOS POSITIVOS Y NEGATIVOS

Antes de seguir adelante en nuestro estudio, debemos precisar ciertos puntos y orientaciones respecto del «encuentro personal del adolescente con Cristo». ¿Debemos adaptar el mensaje de Cristo al adolescente o el adolescente a dicho mensaje? ¿No hay peligro de mutilar el Mensaje al adaptarnos al adolescente? ¿Caeremos en el lamentable error de inspirar una piedad tontamente sentimental para con la humanidad de Cristo? Además, ¿es correcta toda presentación catequística de Cristo? Es decir, vamos a concretar nuestra visión, desde el punto de vista de la psicología, de la doctrina y de la pedagogía.

## 1. *Lo psicológico.*

El rasgo esencial de la adolescencia es, sin duda alguna, esa voluntad de autonomía que se adivina en la búsqueda, a veces dolorosa, de la personalidad. La vitalidad exuberante del adolescente ¿no es la salpicadura de una marcha difícil hacia la conquista de la personalidad? En ello también encontramos perspectivas positivas para una religión cristocéntrica. La afirmación del yo hace al adolescente brutal, insoportable, impermeable a una enseñanza religiosa demasiado didáctica. Por otra parte, una fijación demasiado introspectiva puede llegar a ser mórbida y encerrarle en el egoísmo. Esto nos invita a presentar una catequesis que interiorice y personalice la fe, y más justamente, a orientar a los adolescentes a un encuentro y contacto personal, confiado y seguro, con Cristo.

Sabemos bien que en la edad de los «diarios íntimos»<sup>1</sup> y de los «ensayos poéticos», Cristo llega a ser, a veces, el «íntimo *Amigo*». Esto no carece de peligro, pues puede haber en esta amistad, en las chicas sobre todo, una efervescencia de la sensibilidad en una edad en que las confusiones morales tienen color sentimental. El educador debe vigilar su presentación del Mensaje, para evitar el sentimentalismo de la piedad:

El flujo pasional tiende espontáneamente a invadir todos los terrenos. Ha podido, por un tiempo, alimentar la piedad de un joven con el exceso de su savia, pero este sobrante pasajero queda más que compensado por el hecho de que el objeto del culto interior así solicitado tiende a disminuir. En el plano propiamente religioso, el de la veneración y del respeto incondicionado, pelagra ser centrado demasiado exclusivamente sobre el afecto. Se colorea con el reflejo de emociones de todas clases, sin excluir las que son menos puras. Por lo cual los educadores advertidos se guardan de animar, sin discreción y sin medida, los movimientos que, incluso exaltándola, absorberían la piedad de los adolescentes en la sensibilidad»<sup>2</sup>.

A nosotros toca sacar a nuestros adolescentes de esta «afectuosí-

---

<sup>1</sup> Encuestas realizadas por estudiosos revelan que el período de los «diarios» empieza uno o dos años antes en las chicas y dura también en ellas un año más; el período en que escriben el diario las muchachas se puede indicar entre catorce-diecinueve años aproximadamente, y para los jóvenes va de los quince-dieciocho años. En los diarios, los adolescentes cuentan todo lo que mira su vida íntima; obedecen a la necesidad de expresar por medio del diario todo lo que les turba o hace sufrir, lo que aman y les hace gozar. Cfr. AGUSTÍN GEMELLI: *Psicología de la edad evolutiva*. Ed. Razón y Fe, Madrid, 1964, p. 333.

<sup>2</sup> LEONCE DE GRANDMAISON: *La crise de la foi chez les jeunes*, pp. 17-18.

dad» que hace de Cristo sólo el confidente de las primeras penas, el fantasma que habita las soledades temblorosas (¿me hablará Dios esta noche?), o bien el testigo de un diálogo que no es más que consigo mismo; a menos que —peor aún— sea el amigo declarado infiel y a quien se interpela en el momento de los primeros fracasos de la vida personal...

El adolescente se halla favorecido por un fuerte empuje de aspiraciones nobles, de fervores y de anhelos morales naturales<sup>3</sup>: aspiraciones a la justicia, a la verdad, a la fraternidad, a la rectitud, a la pureza absolutas. Impulsos hacia el ideal, tensión hacia la perfección y revalorización de sí mismo, el gusto de cierto ascetismo<sup>4</sup>. Si el adolescente aparece, en la opinión corriente, como juguete de instintos desordenados y perversos, hay que sostener también que está elevado por tendencias morales tan fuertes como valiosas. Desde el punto de vista moral, podría definirse el adolescente como el ser que corre tras la imagen ideal de sí mismo con un máximo de intensidad ascética y de idealismo. ¿En qué consiste esta imagen de sí mismo hacia la que tiende? Es, en primer lugar, una especie de proyección en lo absoluto de las tendencias naturales del ser, tendencias que han podido ser sobrenaturalizadas, pero que, en razón de la fuerte instintividad del momento, se muestran sobre todo naturales. Se trata, por consiguiente, de cierta idealización de las tendencias: «ser puro», «servir», «ser un tipo», «llegar a ser una personalidad», «ser alguien»... Viene luego la proyección en lo infinito y absoluto de cierto número de imperativos sociales: «hay que sonreír siempre», «abrirse», «dialogar», «tener la puerta abierta a todos», «estar disponible»..., que se han incrustado en el psiquismo y constituyen una segunda naturaleza y son fruto de la educación, cultura, ambiente.

Es decir, en el plano de la moral, el adolescente tiende espontáneamente a sobrevalorarse, a construir una catedral sagrada de su yo, lo que no va sin peligro en la hora de iniciar al adolescente al encuentro con Cristo:

«En la perspectiva del Evangelio es necesario, sin embargo, descubrir con lucidez lo que es más peligroso en las aspiraciones mo-

---

<sup>3</sup> Cfr. H. ETIENNE: *Vie morale des adolescents*, en «Catéchistes», enero 1956; BABIN, *Ibid.*, 1957. MENDOUSE: *L'âme de l'adolescent*, p. 153 ss.; HUBERT: *La croissance mental*, II, p. 476 ss.

<sup>4</sup> En esta edad encontramos un verdadero período sensible al ascetismo: sabrá someterse a cierto número de exigencias morales para llegar a «construirse y realizarse».

rales del adolescente. Podría creerse a priori que las perversiones instintivas de castidad, las locas desviaciones fuera de los marcos de la prudencia, constituyen los peligros más graves para la fe. El Evangelio parece hablar de otra manera.

Lo que para la mirada de Cristo constituye el peligro más grave es el espíritu farisaico, esa autosuficiencia endurecida hasta la impermeabilidad del alma. Los publicanos aventajan a los fariseos en el reino.

Ahora bien, no es difícil descubrir una analogía entre el impulso virtuoso del adolescente y el impulso virtuoso del fariseo. Lo mismo que éste, el adolescente, llevado por sus tendencias naturales, está expuesto a fabricarse él mismo, con la fuerza de sus puños, una perfección a su medida, su perfección. Tanto puede ayudar al adolescente el impulso de las aspiraciones morales a «obrar verdad para venir a la luz», como puede cerrarle el camino, ya en las desviaciones del placer egoísta, ya, con mayor seguridad todavía, en el fariseísmo. No hay que fiarse demasiado de las aspiraciones morales. Incluso hay que desconfiar, con lucidez evangélica, de cierta rectitud de vida intensa y segura de sí misma. Jesús fue reconocido por la Magdalena mejor que por los fariseos»<sup>5</sup>.

Por otra parte, los fervores, los ímpetus del corazón, los estados de alma concedidos a las grandes fuerzas de la naturaleza son tan fuertes, que encierran al adolescente en el culto de la sensación religiosa y le hacen perder de vista la auténtica religión de Jesucristo vivida en la Iglesia. En lugar de discernir en el sacerdocio, la eucaristía y la encarnación los signos históricos concretos, personales del Dios vivo, se da acogida sólo a los signos universales del Dios de la naturaleza: se desemboca aquí en el Dios romántico, en Dios conocido sobre todo por vía simbólica, a lo cual los adolescentes están muy inclinados.

El adolescente es hipersensible al peso de cierta inmanencia divina, misteriosamente extendida en la naturaleza, que animaría el mundo y le daría la forma. En ciertos momentos, tiene conciencia de estar como sumergido en un gran Todo en el que Dios aflora oscuramente, pero sensiblemente. Es el «panteísmo sentimental» de que hablan Debesse y Mendousse: la religión del Dios confidente, de los estados de ánimo, del Dios de la naturaleza. El adolescente corre el riesgo grave de ser prisionero de su subjetividad, de sus experiencias sensibles, y de ser así, incapaz de discernir los signos objetivos de la fe; el adolescente prisionero de su experiencia del Dios de la naturaleza, está expuesto a llegar a ser insensible o cerrado al Dios de la revelación, que se nos da a conocer por Cristo en la Iglesia.

*El peligro de inmanencia, con el de fariseísmo, nos parece así el*

---

<sup>5</sup> BABIN: *Los jóvenes y la fe*, pp. 49-50.

*gran peligro de la etapa adolescente con relación al encuentro con Cristo.* El apetito natural de sentir, de comprender y de apoyarse se expone a quedar satisfecho con un Dios de fábrica que estaría al nivel de las necesidades instintivas. Se está entonces en los antípodas de la fe al Dios revelado, que es humilde reconocimiento y adhesión firme a la objetividad de los signos <sup>6</sup>.

Se habla de adaptación; pero hemos de tener en cuenta los posibles yerros que se derivan de una presentación defectuosa por la manera de considerar la *psicología* de los adolescentes. Se quiere presentar un Cristo interesante, subordinándolo al gusto de los alumnos, según su edad, medio, preocupaciones sociales, humanistas, etc. ¿Quién no ve una falta de *contacto con las tendencias religiosas profundas*? La adaptación directa a los gustos superficiales corre el riesgo de trancar el mensaje evangélico, de silenciar sus exigencias menos agradables, de hacer comprender mal en qué sentido Cristo favorece el desarrollo de la personalidad. No olvidemos, como dice el psicólogo Griéger, que

«Es característico de la psicología juvenil sentir con mayor intensidad ciertos aspectos del cristianismo, de quedar más o menos indiferente a otras verdades religiosas. Ahora bien, éstas forman parte, tanto como las primeras, de la enseñanza dogmática de la Iglesia. El cristianismo es homogéneo y, por consiguiente, los dogmas son indisolubles los unos de los otros. No es posible que un cristiano reconozca el sentido de ciertos dogmas y desconozca otros, se adhiera a unos y rechace otros.»

Otras presentaciones acusan carencia de *actitud sobrenatural* en el modo de adaptar el mensaje al adolescente. La raíz de una falsa adaptación psicológica reside en su antropocentrismo. Importa ayudar a los adolescentes a transformar sus deseos para ponerlos bajo la influencia de la gracia en acuerdo con Cristo tal cual es, en lugar de elegir en Cristo lo que les agrada fácilmente. Esta es la forma más eminentemente psicológica de actuar con los adolescentes. Cristo responde a nuestras aspiraciones y exigencias humanas, pero trascendiéndolas; exige continuamente una «conversión» siempre más radical y profunda.

---

<sup>6</sup> Cfr. LIEGE: *Adultes dans le Christ*, p. 22 ss.; BABIN: *Los jóvenes y la fe*, pp. 34-55, 91-102, 149-159; JEAN CHRISTIN: *Les adolescents*, pp. 44-64.

## 2. *La doctrina.*

Muchas presentaciones de Cristo son también defectuosas y hasta erróneas por insuficiencias en la manera de considerar la *doctrina*. En los resultados de la encuesta sobre el «sentido de Dios»<sup>7</sup> se percibe muy claramente en los adolescentes el retroceso de las referencias explícitas a la revelación y aun a la enseñanza escolar de la fe cristiana. Estas realidades son reemplazadas por la visión subjetiva y espontánea del Dios de la naturaleza y de los filósofos, como ya lo hemos advertido antes.

La idea que de Dios tienen los adolescentes puede cristalizar alrededor de tres grandes temas, según la encuesta realizada por el P. Babin sobre 1.800 jóvenes entre once y veinte años: *El Dios de la Creación*, el 58 por 100: Creador, Padre, Dueño; con el triple matiz de dependencia en el origen, conducta y fin. *El Dios del hombre*, el 30,5 por 100: Confidente, Amigo, Ideal. *El Dios de la revelación de Jesucristo*, el 12 por 100: referencia explícita a la revelación de Jesucristo; es decir, mención de Cristo, Salvador, Paternidad de Dios revelado en Jesucristo, Trinidad.

La persona de Cristo se menciona poquísimo. Se habla de la Paternidad de Dios, de la Creación, de la Trascendencia de Dios; pero se habla poco del Dios de Jesucristo o, lo que es lo mismo, del espíritu filial en la Alianza con Jesucristo. En esta línea, Cristo es considerado como *medio de salvación o prueba de amor del Padre*<sup>8</sup>. Cuando definen a Dios por la Trinidad, los adolescentes lo hacen con fórmulas secas e impersonales, o en fórmulas que traducen un dogma que hay que creer sin explicación: «Dios es un Padre, un Hijo, un Espíritu Santo»<sup>9</sup>. Nadie evoca las relaciones trinitarias, la mediación de Cristo, el Espíritu de la Iglesia y, de modo general, los grandes temas cristológicos de San Pablo.

Respecto a este punto se da una grave laguna. El P. Babin lo atribuye a la enseñanza y a la formulación abstracta de la religión; pero, sobre todo, al cuadro y a la orientación general dados desde

<sup>7</sup> Cfr. BABIN y colaboradores: *Dios y el adolescente*, Herder, 1965, pp. 47-86; 243-288.

<sup>8</sup> Dios Salvador: el 6,35 por 100 de preadolescentes (once-catorce); el 7,2 por 100 de adolescentes (catorce-dieciséis), y el 6,7 por 100 de grandes adolescentes (dieciséis-veinte años).

<sup>9</sup> Dios Trinidad: el 1,35 por 100 de preadolescentes, el 1,35 por 100 de adolescentes y el 0,5 por 100 de chicos mayores.

hace mucho tiempo a la enseñanza de los católicos. Que se trate de sermones o de la estructura interna del catecismo, la enseñanza se apoya menos sobre la óptica bíblica de *llamada personal de Dios al hombre* que sobre la óptica de una *marcha hacia Dios*, la marcha o proceso del hombre que intenta resolver el problema de su destino. Baste recordar aquí la estructura de nuestro catecismo nacional o la de los manuales tradicionales de doctrina católica.

Así, por ejemplo, un esquema corriente presenta el Mensaje de Salvación de esta forma: El hombre es creado por Dios para una felicidad sobrenatural; la ha perdido por el pecado; Cristo es nuestro Salvador porque nos ha rescatado por su Cruz y nos ha merecido la gracia; Cristo es nuestra *luz y modelo*, en su vida escondida y pública; está en la Eucaristía al mismo tiempo que glorificado en el cielo; los Evangelios, cuya autenticidad está científicamente establecida, muestran que Cristo es el Mesías prometido y fundador de la Iglesia.

Semejante presentación, dice Marcel van Caster, carece de *unidad entre la doctrina y la vida*. Carece también de luz sobre el significado de la *doctrina a los ojos de la fe*: «Es muy discutible poner como fundamento del hombre, el hombre y su felicidad, y de hablar por primera vez de Jesucristo en función del pecado»<sup>10</sup>. Por otra parte, el Antiguo Testamento tiene un valor incoativo salvífico en Cristo, y su sentido no está principalmente en el empleo apologético de una serie de promesas mesiánicas. La Cruz no puede separarse de la Resurrección, es un elemento del misterio pascual. La Resurrección, sobre todo, tiene un valor de salvación mucho más importante y positivo que su valor apologético. La gracia es participación de la misma vida de Cristo, y no sólo efecto de sus méritos. Finalmente, carece tal presentación de *sentido religioso en la apologética*, que es un carácter esencial del proceso hacia la fe o de su justificación; Jesús apeló constantemente al sentido religioso, necesario para reconocerle digno de la confianza que exige.

Un falso conocimiento de Jesucristo introduce en un mundo «pseudo-divino», peor que la total ignorancia. El equilibrio divino-humano de Jesús, que hace de El un *Hombre-Dios*, como fue definido en el Concilio de Calcedonia, no siempre es respetado en la enseñanza ordinaria de la teología, en la predicación pastoral, en la espiritualidad

---

<sup>10</sup> Guardini observa agudamente que «la mejor manera de conocer al hombre es conocer a Dios». Hay que explicar al hombre partiendo de Dios, como nos lo enseña la Biblia, y no a la inversa.

corriente, en la lección de religión, etc. Escuchemos a Moeller, que con claridad meridiana ha estigmatizado esta dualidad que se da, con frecuencia, en la presentación catequística de Cristo:

«Los católicos son con frecuencia demasiado (unilateralmente) humanos en sus concepciones morales; cuando se entregan al cristianismo social, tienen tendencia a no ver en Cristo más que el «jefe», el «militante», el «camarada»; igualmente, cuando quieren hacer sensible la fisionomía humana del Salvador, se dejan llevar a familiaridades que no son solamente de mal gusto, sino serios errores teológicos: *hacer concreta la figura de Jesús no consiste en despojarla de su majestad divina*; cierta espiritualidad dolorista y sentimental rebaja la figura del Salvador... Si los católicos son a veces «nestorianos» en su moral y vida espiritual, son «monofisitas», a menudo, en su teología y espiritualidad sacramental. Para muchos fieles, conscientemente o no..., en Cristo Dios lo hace todo. Una encuesta reciente ha revelado, en un Instituto de Enseñanza Media, que la mayoría de los alumnos creía que Cristo no tenía alma humana»<sup>11</sup>.

Hay, pues, una presentación de Cristo *falsamente humanizado*, que proviene de una preocupación un poco «demagógica». Se quiere que sea aceptado Cristo poniéndolo como al nivel y al alcance de los catequizandos. Partiendo de la realidad de que Cristo es nuestro hermano y «en todo semejante a nosotros, menos en el pecado», en expresión paulina, se llega a atribuirle un modo de pensar y de obrar más conforme a nuestros deseos que a su función: se le presenta como distribuyendo consuelos completamente humanos a los que sufren; como un sindicalista militante ante los obreros; y, tratándose de adolescentes, como si fuera un jefe de movimientos juveniles. Es el peligro «nestoriano», como acabamos de apuntar en la cita de Moeller. La piedad católica falta, a veces gravemente, a la virtud de la religión; olvida el «temor reverencial», el «temor de Dios» que llena el Antiguo Testamento y que sobrecogía también a los discípulos ante el Salvador resucitado.

Se da otro error, que es el opuesto. Es el peligro que nos acecha hoy, y es particularmente grave, el *peligro «monofisita»*. Ciertos catequistas, mejor intencionados que ilustrados, ceden a la tentación de facilidad y acumulan prerrogativas y maravillas. Prestan a Cristo, como hombre, un modo de conocimiento que le es propio en cuanto Dios<sup>12</sup>. No señalan ninguna diferencia entre la libertad humana de

<sup>11</sup> MOELLER: *Jésus-Christ dans la mentalité moderne*, en «Lumen Vitae», volumen VII, número 4, 1952, pp. 562-564.

<sup>12</sup> Notamos de paso que esta misma tendencia se observa cuando se habla de la Santísima Virgen. Ciertos autores enseñanza, por ejemplo, que desde su concepción tuvo todo el uso de razón. A base de querer engrandecerla, la empuñan por querer sacarla de la revelación y de la Teología.

Cristo y la libertad de Dios; crean un Cristo taumaturgo a la manera de los apócrifos. Esta presentación falsamente divinizada conduce a deshumanizar a Cristo o a prestarle una humanidad caprichosa o absurda. Bajo el pretexto de engrandecer a Cristo y de asegurar su divinidad, crean un ser que no es ya ni hombre ni Dios. El monofisitismo, afirma Masure, es la tentación de las personas piadosas, pero poco ilustradas. El realismo de la institución sacramental depende de una buena inteligencia de la misión de la humanidad en Cristo; la renovación cristiana en patrística, liturgia, Biblia, teología y catequética está unida a esta puesta central de la humanidad glorificada de Jesús, unida hipostáticamente a la divinidad.

Se impone, por consiguiente, una presentación justa de Cristo, de su Humanidad y de su Divinidad. Una presentación que beba de las fuentes vivas de la revelación; así cesará de ser nuestro Mensaje de Salvación una formulación abstracta o muerta. Cristo es Aquel en quien se realiza el designio divino de salvación. No podemos separar, en nuestra catequesis, la persona de Cristo de sus actos; pues por los actos se nos revela la persona, y por los acontecimientos históricos entramos en el misterio salvífico. Un solo camino se abre ante nosotros: estudiar primeramente la doctrina de Jesús, que nos ofrece la Iglesia en la Liturgia, la Biblia, los Padres; después, la doctrina del Concilio de Calcedonia, pero sumergida en las aguas vivas de la tradición eclesial, para que llegue a ser amable y amada, arrolladora y seguida, y no simplemente formulación abstracta y sin vida <sup>13</sup>.

### 3. *La didáctica.*

Presentemos también algunos aspectos negativos y positivos en nuestra *pedagogía* catequística de Cristo. ¿Qué se deriva de lo expuesto hasta ahora? Cuando se insiste sobre el hombre, lo que llega a ser de hecho primero, sin darse cuenta perfectamente, no es Dios, sino el hombre. Y aunque Dios guarde el primer puesto, al término de un proceso, que se apoya sobre todo sobre el hombre, se corre el riesgo de descubrir solamente el Dios del hombre. Que el Dios de la Revelación no se oponga al Dios de la razón, es muy

---

<sup>13</sup> Cfr. PIERRE RANWEZ: *La catechese concernant Jésus-Christ*, en «Lumen Vitae», vol. X, número 4, 1955, pp. 555-557; CHARLES MOELLER: Art. cit., en «Lumen Vitae», vol. VII, número 4, 1952, pp. 561-567.

cierto; pero para descubrirlo haría falta superar los pasos de una investigación subjetiva. Ahora bien, demasiados jóvenes parecen quedar cogidos por esta subjetividad; se les diría incapaces de desprenderse de una enseñanza que ha insistido, quizá demasiado, sobre los procesos racionales para llegar a Dios. ¿No ha demostrado San Pablo que el «razonador» de este mundo, el prudente según la carne, no ha sabido reconocer «la Sabiduría misteriosa y escondida de Dios»? ¿No predica también «a Cristo crucificado», que es el «escándalo y la locura del Mensaje evangélico»?<sup>14</sup>.

¿La enseñanza cristiana no ha olvidado demasiado las perspectivas evangélicas y paulinas? En lugar de hacer servir el esfuerzo de la razón para entrar en la inteligencia de la Revelación, ¿no se ha intentado, a veces e inconscientemente, llegar a la Revelación por vía de la razón? Quizá se podría denunciar también el hecho que hayamos quedado, en la catequesis sobre Dios, al nivel de un proceso del pensamiento propiamente filosófico, sin haber adoptado suficientemente el proceso del pensamiento bíblico, como afirma Karl Rahner. Sin duda, no hay que negar, por reacción, como ocurre frecuentemente, el valor del proceso filosófico, ni suprimirlo de la catequesis. Un conocimiento de fe equilibrado supone la base de los conocimientos naturales y el desarrollo de la reflexión filosófica. Importa, sin embargo, no limitar demasiado la catequesis sobre Dios o sobre Cristo a fórmulas que derivarían mayormente de procesos filosóficos.

En una palabra, más allá de las fórmulas catequísticas que podrían ser tomadas de la Teodicea (la noción de Dios del catecismo, por ejemplo), es, sobre todo, la orientación general de la enseñanza la que, con los factores psicológicos, nos parece ha de motivar esta tendencia que tienen los adolescentes a reducir prácticamente la noción de Padre a la de Autor de la Creación: los factores psicológicos solos conducen a un Dios hecho a imagen del hombre, y una enseñanza religiosa demasiado natural lleva al Dios de los filósofos y de los sabios<sup>15</sup>.

La perspectiva exacta, afirma Van Caster, para la presentación de Cristo es exigida, no por ciertos esquemas de pensamiento relativamente alejados del mensaje de la revelación en su fuente original, ni por intereses humanos superficiales, sino por las fuentes vivas en

<sup>14</sup> Cfr. *I Cor.*, I, 17-26.

<sup>15</sup> Cfr. BABIN y colaboradores: *Dios y el adolescente*, lugares señalados.

las que Cristo se da a conocer y por aquello que en la psicología de los adolescentes puede ser adaptado al mensaje auténtico del Evangelio.

Hay que conocer los puntos fuertes y débiles que influyen sobre la actitud religiosa del adolescente, así como los del medio ambiente. No son las mejores redacciones de catecismos y manuales las que satisfarán estas necesidades del joven; se precisa, además, buena formación psicológica en todos aquellos a quienes Cristo ha encargado el bellísimo, pero difícil, oficio de enseñar a los adolescentes a amar verdaderamente a Cristo.

De aquí deriva nuestro *principio de base* de toda pedagogía catequística: *presentar a Cristo como se da a conocer en las fuentes vivas de su Mensaje y ayudar a los adolescentes a adaptar su psicología a este Mensaje*. Se les ejercitará en superar los puntos débiles por sus puntos fuertes, abriéndose a la gracia de Cristo. Es preciso que este muchacho que sueña con adquirir una personalidad y quiere hacerse un hombre moderno, quiera, ante todo, ser un hombre bíblico, abierto a Dios y a los hombres y disponible para responder a la llamada del Señor, que le invita a ser perfecto y a seguirle. Cristo será para nuestros adolescentes el modelo de esta respuesta al Señor; será también el medio por excelencia para adaptar su psicología al Mensaje de modo que lleguen al *encuentro* personal <sup>16</sup>.

## B) COMO PRESENTAR A CRISTO A LOS ADOLESCENTES

¡Cuán delicado es presentar a esta edad la personalidad de Cristo! Nueva razón para dar una enseñanza centrada sobre la Persona divina de Jesucristo y su misión redentora. Sí, Cristo será el centro de nuestra catequesis. Sin embargo, tal catequesis, centrada sobre la Persona de Cristo, ¿no comporta el peligro de conducir a una religión demasiado personal, en una edad que experimenta como la imposibilidad de entrar en la sujeción social? Sería grave si no se dieran las dimensiones eclesiales de la fe.

No negamos que está aquí, quizá, la mayor dificultad de la catequesis de la adolescencia. Presentar a Cristo sólo como quien trae

---

<sup>16</sup> Cfr. MARCEL VAN CASTER: *Le Christ présenté aux adolescents*, en «Lumen Vitae», vol. XI, número 3, 1956, pp. 453-454, y todo el artículo: pp. 447-461.

respuesta a las llamadas íntimas y colma las aspiraciones personales, establecer un contacto con El sobre el único nivel de la amistad, resolver las tensiones por el solo poder de la voluntad..., esto podría no abrir a una fe auténtica y adulta. Pero presentar un Cristo que realiza la Redención del mundo es ya dar una dimensión social a la fe; y si introducimos al joven en el misterio pascual, le hacemos entrar en un cristianismo de Iglesia, en la que todo cristiano está llamado a participar activamente y a desempeñar un puesto insustituible en la conversión del mundo por la intervención de Dios en la historia. He ahí por qué nuestra catequesis de Cristo tendrá cuidado de situarse en las perspectivas históricas del Designio salvífico de Dios<sup>17</sup>.

Despejemos solamente una de las razones fundamentales por las cuales los adolescentes no llegan a la inteligencia del Misterio de Cristo, que, por otra parte, se sitúa en la línea de su sensibilidad. El Misterio cristiano, la Encarnación, por ejemplo, apenas puede ser aprehendido por los adolescentes, mientras les sea presentado como entes «en sí», cortado de todo enraizamiento con su subjetividad adolescente. Quizá es ésta una de las razones mayores por las cuales los grandes dogmas revelados son efectivamente tan exteriores al pensamiento y a la vida de los jóvenes, incluso después de los años de enseñanza religiosa en los colegios. Nunca han medido verdaderamente las consecuencias del Mensaje en su vida: sólo al tomar conciencia de las transformaciones realizadas sobre ellos por una realidad religiosa, saben aprehender esta realidad divina. Para que los adolescentes entren en la inteligencia de las relaciones filiales con el Padre en Jesucristo, habrá que hacerles medir la *transformación realizada en su vida por la Alianza*. Es éste un punto esencial de la catequesis a los adolescentes.

Según lo que vamos diciendo, ¿cómo presentar, pues, a Cristo a los adolescentes para entusiasmarlos en su seguimiento y facilitarles su *encuentro personal con Cristo*? El objeto de esta sección del estudio es buscar *qué conocimientos* debemos dar de Cristo a los adolescentes y *cómo transmitirlos*.

1) *Presentar un Cristo auténtico*.—El catolicismo, sospechoso de nestorianismo por Oriente y de monofisismo por la Reforma, aparece como un equilibrio entre los dos polos del misterio de Cristo. Este misterio es claramente «el centro del catolicismo» en el magisterio

---

<sup>17</sup> Cfr. VERMEERSCH: *Pastorale de l'adolescence*, Carrefours, pp. 307 ss.

ordinario y extraordinario de la Iglesia: la liturgia latina y los Concilios ecuménicos, si fueran mejor conocidos y utilizados en la catequesis sobre Cristo, lo revelarían a los más ciegos e ignorantes de nuestros adolescentes. El equilibrio es realmente asombroso entre lo divino y lo humano en Jesús, hasta constituir una sola *Persona*. Toda la Teología tradicional lo ha puesto de relieve, y actualmente, aunque la cuestión sea delicada, con los modernos estudios de psicología se va a permitir estudiar de más cerca lo íntimo de la vida del Salvador<sup>18</sup>.

No siempre este equilibrio fundamental de la cristología católica se refleja igualmente en la enseñanza ordinaria de los teólogos, predicadores, directores espirituales o catequistas. Un doble peligro nos amenaza: «nestorianismo» y «monofisitismo».

a) *Jesucristo es Dios porque es Hijo del Padre*.—Olvidar esta relación al Padre es hacer de Cristo una especie de Dios al lado de la Santísima Trinidad. Debemos tomar de nuevo las expresiones que Jesús empleaba, dándoles, por supuesto, la plenitud de sentido que la Teología católica nos enseña. Jesús se dice Hijo del Padre, el que ha recibido todo de El; es Mediador porque es Hijo, y por El llegamos a ser hijos del Padre.

La divinidad repercute en Cristo, en su humanidad, de modo discretamente divino y no abrumadoramente prodigioso. La unión de la divinidad a la humanidad desemboca en hacer a ésta divinamente perfecta en su orden, que es el orden humano. Dios, dice Ranwez, se deja discernir en Jesús a las almas humildes y creyentes por su obediencia filial y su divina caridad. Toda la vida de Cristo consiste en cumplir la voluntad del Padre y en darse a todos los hombres de un modo universal y total hasta la inmolación de Sí mismo.

La preocupación apologética que empujaría a un catequista a exagerar el aspecto sobrehumano de la fisonomía de Cristo sería una especie de «forcing» espiritual; aceleraría, quizá, una adhesión a Cristo de dudosa calidad.

Las consecuencias de este monofisitismo son evidentes: en Eclesiología, cierta teología poco matizada subrayará, sobre todo, lo «divino en la Iglesia de Cristo», sin distinguir suficientemente las estructuras sobrenaturales, divinas e intangibles de la «vida de la Iglesia», sometida a las contingencias humanas. En Mariología, se insistirá

---

<sup>18</sup> Cfr. GALTIER: *L'unité du Christ, Etre, Personne, Conscience*, París, 1939; HERIS: *Le mystère du Christ*, Ed. du Cerf.; ALEJANDRO ROLDÁN: *Introducción a la ascética diferencial*, Razon y Fe, Madrid, 1962, pp. 318-462.

sobre la mediación de María como eslabón intermediario entre la humanidad y Cristo, puesto que este Cristo-Dios está «muy distante de nosotros», y se insistirá sobre la misericordia de María y la justicia de Cristo; o bien, se verán únicamente en María las perfecciones divinas y se desarrollará, en vaso cerrado, una especie de teología deductiva cortada de los hechos de la revelación. En la Eucaristía, la misma desviación conducirá a ver simplemente la «presencia de Dios»; se comenta la misa diciendo que a la Consagración, «Dios desciende sobre el Altar», olvidando así que lo que está presente en el sacramento es el cuerpo y la sangre de Jesús, *su humanidad glorificada*, unida, claro está, ontológicamente al Verbo <sup>19</sup>.

«Es preciso subrayar lo mismo el "agit utraque forma quod proprium est" que el "cum alterius communiōe" de San León; n otras palabras, si hay que insistir sobre la comunión de las naturalezas en la actividad y en la unidad ontológica, hay que resaltar igualmente el hecho de que cada naturaleza obra por operaciones propias, verdaderamente divinas y verdaderamente humanas. Si se quiere que la persona de Jesucristo llegue a ser el centro de la piedad viva de cada católico, es necesario poner en evidencia el hecho que, para nosotros, la humanidad de Jesucristo es el medio, el solo y único medio, que nos hace penetrar hasta en los arcanos de la divinidad. Si se desea seriamente que la piedad sacramental encuentre su realismo cósmico, su amplitud total, hay que repetir sin cesar que esta humanidad glorificada de Jesús, como nuevo Adán, está en el origen del "nuevo nacimiento" del mundo hacia una "criatura nueva" en la mañana de Dios, desde ahora y en el último día» <sup>20</sup>.

b) *Presentar de modo justo la humanidad de Cristo.*—Sin duda, Cristo «tomó nuestra naturaleza de pecado», es un hombre entre los demás hombres: nació, vivió, sufrió, tuvo sed, hambre, murió; era reconocible por los signos exteriores del rostro, del acento de la voz, del temperamento. Los signos de la perfecta humanidad de Cristo son los mismos (pero vistos bajo un aspecto diferente) que los que nos dan a conocer su divinidad: la perfección de su obediencia al Padre y su caridad universal y profunda a los hombres, que hacen de El un hombre totalmente concreto. Estos signos visibles de su obediencia y caridad, tales como el Evangelio nos los presenta, nos permiten discernir la fisionomía humana de Cristo: acoge todas las

<sup>19</sup> Cfr. CONGAR: *Le Christ, Marie et l'Eglise*, Desclée de Brouwer, 1955, pp. 56 ss. Todo el librito es elocuente en este sentido de que hablamos.

<sup>20</sup> CHARLES MOELLER: *Art. cit.*, en «Lumen Vitae», vol. VII, número 4, 1952, p. 565.

desdichas humanas, pecadores, enfermos, ignorantes; predica la Palabra de Dios sin cansarse, en particular y públicamente.

También aquí hay que evitar el peligro «nestoriano» que tiñe sutilmente cierta literatura moderna. Hay que señalar, por ejemplo, esta literatura, que de piadosa no tiene más que el nombre, que a propósito del Sagrado Corazón habla del «prisionero del sagrario que sufre del abandono de los hombres», lo cual es olvidar que en la Eucaristía está presente *la humanidad de Cristo resucitado*; si se quiere que la devoción al Sagrado Corazón reviva, es preciso liberarla de este vocabulario insulso que humilla la gloria de Cristo al nivel de un «amigo» humano, demasiado humano. Lo mismo ocurre en relación con Navidad: muchos se quedan en un culto puramente sentimental de la humanidad de Cristo. El Viacrucis termina con «Jesús colocado en el sepulcro», en lugar de acabar con la Resurrección, donde brilla la divinidad. Se solemniza el Viernes Santo el Viacrucis por las calles, sin realizar el Domingo de Pascua una ceremonia igual en honor de la resurrección de Cristo.

2) *Presentar a Cristo tal como nos lo ofrecen las fuentes vivas de su Mensaje.*—Las fuentes de la revelación son vivas porque contienen y significan mucho más que simples fórmulas escritas u oralmente repetidas a la manera de letra muerta. Dios nos habla por signos vivos: el Antiguo Testamento es una preparación vivida al Nuevo. En el Evangelio, Cristo se ha manifestado por los actos y palabras que son la irradiación de su personalidad divina. La Iglesia tributa homenaje a Cristo, homenaje que es un testimonio, no sólo en las declaraciones de su magisterio, sino también en toda la vida auténticamente cristiana, y principalmente en su liturgia.

Estas fuentes contienen los «signos» por los cuales Cristo se da a conocer. La presentación de Cristo debe consistir fundamentalmente en llevar a plena luz los signos que el mismo Cristo nos da en su Evangelio, y en explicitar su significación tal cual nuestra santa Madre la Iglesia nos la enseña. Sólo en esta perspectiva la presentación tenderá eficazmente a preparar el *encuentro con Cristo*: presentar su personalidad divino-humana como se presenta en los Evangelios; su vida, su doctrina, sus hechos, sus milagros, nos muestran lo que es y nos obligan a tomar posición por El o contra El. Así nos es posible poner a nuestros adolescentes ante la *opción fundamental entre todas: opción de la fe en Cristo.*

¿Cuál es el contenido de este mensaje que Cristo nos da de Sí mismo? *Cristo es Aquel en quien se realiza el designio divino de Salvación*. El acontecimiento total y definitivo del cual todos los demás no son más que elementos, afirma Van Caster, es la realización del gran Designio de Dios, el misterio de salvación, el del Amor que reúne todas las cosas en Cristo. Misterio en acción que comporta un ritmo esencial: iniciativa de Dios, respuesta del hombre, acabamiento por Dios. Cristo es el *Testigo* que nos trae la «invitación» de Dios a vivir de su misma vida divina, la gracia de la unión sobrenatural que debe ser aceptada libremente por el hombre; Cristo es el *Siervo perfecto* que responde en nombre propio y en nombre nuestro por su vida entera, y principalmente por su cruz, a esta invitación divina; finalmente, Cristo es el *Señor* «vuelto a la casa del Padre», viviente para siempre en la plenitud de su unión al Padre por la fuerza del Espíritu Santo, para que el plan divino de salvación llegue a su acabamiento total y pleno en la humanidad hecha sobre su Cuerpo místico.

El misterio de salvación se cumple en el mismo Cristo y en nosotros *por nuestra unión a El*. Conocer a Cristo es conocerlo como centro del plan salvífico. Cristo es Aquel en quien el misterio de salvación se realiza y en quien nosotros vivimos para trabajar en el perfeccionamiento pleno del gran Designio de Dios.

3) *Aspectos de un curso catequístico sobre Cristo*.—Cristo es nuestro Salvador, el misterio central de nuestra santa religión, el alma de nuestro mensaje, que por esto se llama precisamente cristiano. El único gran misterio de la predicación apostólica, según San Pablo: «Cristo es el misterio escondido a los siglos y a las generaciones»<sup>21</sup>. En El están contenidos en germen y revelados todos los misterios del cristianismo, incluso el misterio de la Trinidad<sup>22</sup>.

a) *El lugar de Cristo en el conjunto del programa*.—Nuestra enseñanza debe ser *crisocéntrica*, según lo que acabamos de decir. El lugar central que corresponde a Cristo es el de Mediador único y perfecto, en quien Dios nos revela definitivamente su propio misterio y su designio de salvación, en quien se da a nosotros y en quien nos damos a El.

---

<sup>21</sup> Cfr. *Col* I, 26; *Efes* I, 9; III, 5, 9; *Rom* XVI, 25.

<sup>22</sup> Cfr. MARCEL VAN CASTER: *Art. cit.*, en «Lumen Vitae», vol. XI, número 3, 1956, pp. 447-458.

El plan de nuestra catequesis cristocéntrica será un *plan bíblico, litúrgico, catequístico*, y, al final, será también *teológico-apologético*. Después de una enseñanza ocasional sobre la significación del testimonio y del símbolo litúrgico de las celebraciones sacramentales, debe ser explicado el misterio de Cristo que representan simbólica y eficazmente: se tendrá, pues, cuidado en comentar los sacramentos, y sobre todo la misa, de un modo familiar y concreto. Sólo después pasaremos a una catequesis sistemática, que, por otra parte, estará fuertemente sostenida por los textos bíblicos y litúrgicos. He aquí las líneas de fuerza que se extraerán sobre todo: Jesucristo es el Hijo de Dios, nuestro hermano; en El y por El nos lavamos de nuestros pecados, damos gracias al Padre de los cielos, le adoramos y alabamos porque, en Cristo, hemos llegado a ser sus hijos; debemos unirnos a El, pues todo lo hemos recibido en El. Solamente después se recurrirá a los términos teológicos y a su definición: sacrificio, víctima, gracia, mérito, etc.

Como en nuestras catedrales medievales, Cristo se encontrará en el centro de la gran nave de nuestro edificio didáctico. El fin último hacia el cual se orienta nuestra enseñanza se perfila en el ábside: el Cristo de la parusía «retornando todas las cosas al Padre». Cada lección será como un fresco que nos muestre a Cristo en su vida terrestre, preparado por los grandes hechos de Dios en el Antiguo Testamento. Que el punto de partida de nuestra enseñanza sea igualmente Cristo, tal como se encuentra en las portadas de nuestras catedrales. El aspecto bajo el cual le presentaremos de modo global llevará matices apropiados al programa especial de cada año y a la psicología del muchacho o muchacha.

b) *Un año consagrado a la Persona de Cristo. La orientación radical mira a la actitud «personal» que resulta de lo que la Escritura llama «conocer» a Cristo. Que Dios «me conoce» quiere decir que piensa en mí personalmente, me ama, se inclina hacia a mí, se comunica a mí. Conocer a Dios y a Quien ha enviado, Jesucristo, es la vida eterna, como dice San Juan; porque en este conocimiento, repetámoslo una vez más, yo sé quién es Aquel en quien Dios se comunica a nosotros y en quien nos damos a Dios. Mi actitud de conocimiento personal debe ser el de la caridad que vive en la luz recibida de Cristo que se comunica a nosotros.*

Acto de fe que reconoce en Cristo al Hijo de Dios hecho hombre por su Encarnación, al Redentor, al Mediador único, pero ¿es bas-

tante para definir el conocimiento que tiene el cristiano de Cristo? Sí, si entendemos la fe como Jesús mismo en el Evangelio. No, si lo reducimos a un conocimiento especulativo, que podría darse sin amor. La fe es un conocimiento que nos une a Dios. ¿Cómo podríamos unirnos con quien es al mismo tiempo Verdad y Amor, sin amarlo? Inteligencia y amor, en el conocimiento de Cristo, se condicionan mutuamente. La inteligencia estimula y alimenta el amor, conserva su rectitud y espiritualidad; el amor estimula la inteligencia, la abre, la hace penetrante, le da su gusto, la impide complacerse en sí misma, la simplifica. Imposible equivocarse, cualesquiera que sean la riqueza o pobreza de su lengua o el carácter personal de su estilo, Agustín, Teresa de Avila, Ignacio de Loyola, el Cura de Ars, Domingo Savio o María Goretti, cuando nos hablan de Cristo, sus palabras son luz y calor que penetran el alma. Los Santos conocen a Cristo con conocimiento profundo y sabroso a la medida de su amor, pero de un amor que debe su pureza y rectitud a la iluminación divina de su inteligencia. Cristo se da a conocer sobre todo en el testimonio que nos han dado «los que han visto su gloria»<sup>23</sup>.

La *ordenación* de un curso parece establecerse mejor a partir de lo que caracteriza el Evangelio como fuente de este conocimiento de Cristo. Así, nos atenemos a la vía *a posteriori*, más fácil para los adolescentes, que va de las acciones a la persona, y concluimos con la aplicación a la actitud del cristiano. Empecemos por hacer un estudio de *introducción de los Evangelios*, que precisará directamente el género literario propio y el contenido esencial de los mismos. Los Evangelios son la redacción inspirada por el Espíritu Santo del testimonio de la Iglesia primitiva. Los Apóstoles han predicado primeramente el kerigma tal como lo encontramos en los Hechos: «Dios ha realizado su promesa resucitando a Jesús»<sup>24</sup>. Cristo, muerto por nosotros en la Cruz, es el Señor que nos comunica la vida. El testimonio se extiende rápidamente, de viva voz, y después por escrito en los Evangelios, a todo lo que Cristo es, hizo y enseñó.

Sólo después se podrá darles un estudio crítico de las fuentes no cristianas y de los Evangelios considerados sobre el mismo plano que los libros históricos profanos.

Pero para que nuestra enseñanza no sea más abstracta de lo que

---

<sup>23</sup> Cfr. JEAN RIMAUD: *Sobre la educación religiosa*, Cap. último principalmente.

<sup>24</sup> *Hechos*, XIII, 33.

debe ser, presentemos a Cristo al adolescente como una *Persona* viva y actual, y no como una realidad abstracta y pasada; enseñémosles que la revelación es Cristo primero, revelándose a sí mismo, más bien que las verdades reveladas sobre Cristo. Si olvidamos estos hechos sencillos, pero fundamentales, pondremos el acento en nuestra catequesis sobre un elemento impersonal en la religión cristiana. Así, por ejemplo, para explicar a los adolescentes la Encarnación, no empecemos por las fórmulas teológicas que conciernen a la unión hipostática: dos naturalezas perfectas, inseparablemente unidas en una Persona, el Verbo. Es más útil, adaptado y escriturístico llegar al misterio siguiendo a Cristo en su vida mortal: vemos que es un hombre como los demás, aunque totalmente diferente también; crece y está sujeto a las mismas necesidades humanas y, no obstante, «todo le está sometido»: los elementos de la naturaleza, la enfermedad, las conciencias, la muerte. La exposición doctrinal de la Encarnación la colocaremos al fin de la vida de Cristo, y así los alumnos comprenderán más fácilmente el sentido de las palabras de Calcedonia: «Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre»; además, presenta la ventaja psicológica de comenzar la reflexión sobre la doctrina, no con Jesús niño, sino con Jesús adulto; así nuestra presentación de Cristo será más personal y ayudará a los jóvenes a aceptar a Cristo y a progresar en una *religión más dialogal y personal*.

Lo mismo pasa con los demás misterios de Cristo. Oigamos, por ejemplo, lo que dice Somerville en relación a la Redención de Cristo presentada a los adolescentes:

«Se altera la enseñanza sobre la Redención... insistiendo sobre la terminología teológica. El núcleo mismo del mensaje queda reducido a una explicación de palabras: rescate, expiación, propiciación, satisfacción, reconciliación, mérito de congruo y de condigno... Sin duda, la doctrina entera comprende todas estas nociones, pero esta acumulación de términos escolásticos, en la redención, conduce a una enseñanza impersonal. Para presentar este misterio de un modo más personal, deberíamos mostrarlo como el acto supremo del amor de Dios por nosotros. Los hombres no podían por sí mismos recuperar lo que habían perdido por su pecado: Dios Padre, en su amor, ha tomado la iniciativa de salvarnos enviando a su Hijo. Dios Hijo, en su amor por nosotros y en testimonio de su amor hacia el Padre, ha elegido ser hombre y salvarnos, aceptando los sufrimientos que los hombres le han causado. La insistencia sobre este aspecto personal del amor redentor y sobre el hecho de que en la redención, que continúa todavía actualmente, cada uno de nosotros debe des-

empeñar una misión, es más propia para obtener de los jóvenes una respuesta plena de vida y de amor»<sup>25</sup>.

Hablando con adolescentes, no podemos pasar por alto otro tema muy importante: insistamos sobre el hecho de que *Cristo está todavía vivo hoy, es nuestro contemporáneo*: «Jesus Christus heri et hodie: ipse et in saecula»<sup>26</sup>. Si en el tiempo los misterios de Cristo pertenecen

<sup>26</sup> *Hebr XIII*, 8.

al pasado, las disposiciones que los han inspirado perduran. En los variados *estados* de Cristo, la *virtud* que se deriva de ellos permanece siempre actual: «Todo lo que hay en Jesucristo... es santificante y se imprime en las almas que se entregan a El bien dispuestas... Sus virtudes se imprimen en quienes las contemplan... Lo cual se puede conseguir mirándolo con admiración, con amor y complacencia»<sup>27</sup>. Hablamos mucho del Cristo «histórico», pero, sin quererlo, damos la impresión de que su vida sobre la tierra se ha terminado con la Ascensión. Ciertamente, sabemos y enseñamos que Cristo resucitado está en el cielo y en el Santísimo Sacramento y que continúa viviendo en la Iglesia; desde el punto de vista teológico, nuestra enseñanza es correcta. Pero, en nuestra manera habitual de hablar, debemos hacer más: hagamos ver a nuestros alumnos que Cristo es una persona que consideramos, no sólo como una gran figura del pasado, sino como una persona amada, con la que estamos en contacto constante. Si comunicamos a los adolescentes esta convicción personal que Jesucristo, el modelo de la humanidad, es nuestro contemporáneo y que no desea otra cosa que nuestra amistad, habremos dado un gran paso al encuentro de una de las más imperiosas necesidades de los adolescentes y para facilitar y reforzar su *encuentro personal* con Cristo.

Resumiendo: El encuentro con Cristo en su Evangelio puede escalonarse en tres grandes partes en el programa de este curso sobre Cristo: «Cristo tal cual es» en sus acciones y en su persona; luego, la «justificación de nuestra fe en Cristo»; para terminar con «Cristo y nosotros actualmente»: prolongación en la Iglesia y Cuerpo místico, influencia sobre la formación de la personalidad cristiana y respuesta a nuestra vocación de caridad.

Este año será consagrado, por consiguiente, a *descubrir mejor a Cristo en su Evangelio*, en cuyo descubrimiento el alumno no se

---

<sup>25</sup> FRANCIS SOMERVILLE: *Formation à une religion personnelle*, en «Lumen Vitae», vol. XVIII, número 4, 1963, p. 711; cfr. todo el artículo, pp. 705-716.

<sup>27</sup> L. LALLEMANT: *La dottrina spirituale*, Ancora, Brescia, 1948, passim.

limitará a escuchar y a asentir pasivamente: su *actividad* será dirigida por la *explicación del profesor* o catequista, que debe comunicar los mejores resultados de la teología bíblica. El adolescente podrá, bajo la guía del educador, buscar y meditar los textos más explicativos en su contexto; encontrar el Cristo del Evangelio en la liturgia; reunir testimonios de la fe en Cristo en la literatura, las artes, la historia y la vida de cada día<sup>28</sup>. Pero para esto meditaremos y estudiaremos el Evangelio en «Iglesia», es decir, no como documentos profanos, entregados a la arbitrariedad de toda crítica individual, sino como el *signo vivo* de Cristo, interpretado por el magisterio de la Iglesia, proclamado con la fe de la Liturgia y vivido por el testimonio de toda la vida cristiana, incluso de los convertidos<sup>29</sup>.

### C) GUIAR A LOS ADOLESCENTES PARA ENTABLAR AMISTAD CON CRISTO

Psicólogos y educadores están de acuerdo para afirmar que el adolescente siente el atractivo por la amistad como una de las características esenciales de su edad. La necesidad de abnegación, y abnegación cordial, móvil principal de la amistad, explica también el entusiasmo del adolescente por un maestro, un ideal elevado, una vocación de servicio y de don de sí, un héroe. ¿Quién extrañaría que este movimiento natural hacia la generosidad y hacia el amor afectivo se reconozca transpuesto en la religión de esta edad? Los adolescentes son capaces de transponer las formas de amistad humana en sus relaciones con Cristo.

1) Es esto lo que han dado en llamar «*la adolescencia, edad sensible a la amistad con Cristo*». El adolescente tiene el deseo de construirse y de lograr una salida para la vida. ¿No hay en esta voluntad de éxito, de desarrollo, de impulso creador, lugar para un descubrimiento de la vocación del hombre dentro del Reino de Cristo?

<sup>28</sup> Léase GEORGE DELCUVE: *Cristo presentato alla gioventù d'oggi*, Brescia, 1955, pp. 103 y siguientes, sobre todo.

<sup>29</sup> Cfr. *Arts. cit.* de MARCEL VAN CASTER; MOELLER, pp. 549-567; SOMERVILLE-WALTER CROCE: *Le contenu de la catéchèse: le message de salut*, en «Lumen Vitae», vol. XI, número 4, 1956, pp. 641-650; PIERRE RANWEZ: *La catéchèse concernant Jésus-Christ*, en «Lumen Vitae», vol. X, número 4, 1955, pp. 554-566; HOFINGER: *Notre Message*, en «Lumen Vitae», vol. V, números 2-3, 1950, pp. 277-290; JEAN RIMAUD: *Sobre la educación religiosa*, Fax, Madrid, 1956.

El idealismo e irrealismo del adolescente son, ante todo, una búsqueda de seguridad y de felicidad, un deseo de bienestar en un mundo que guardara su frescura y donde se realizarían las virtudes nobles y delicadas en una sed de perfección y de absoluto. ¡Qué espléndida base de partida para un *encuentro con Cristo*, que trae la plenitud a la alegría de vivir, la respuesta a esa necesidad de dicha, la transfiguración de cada esfuerzo hacia el bien!

«Siempre y en todo hay que acudir a la vida y a la doctrina del Salvador, que, si son bien presentadas, ejercen un atractivo de eficacia incomparable sobre el espíritu de los jóvenes. Hay que conseguir que nuestros adolescentes penetren en la intimidad de Nuestro Señor Jesucristo, vivan de su conocimiento, que es verdad liberadora del espíritu, "crean" en El según el sentido enérgico de la expresión de San Juan (XIV, 7), que significa a la vez certeza de su palabra, confianza total en su ayuda, fidelidad y correspondencia llevadas hasta el olvido de sí. Esta diaria familiaridad con el Maestro los hará experimentar el vivo deseo de parecerse a El (II Cor., III, 18), de llenarse de su espíritu, llegando así progresivamente "a la madurez viril, a la medida de la edad perfecta de Cristo" (Efes IV, 13)»<sup>30</sup>.

Guardémonos, desde luego, de fomentar el sentimentalismo de la piedad, al que la sensibilidad extraordinaria del adolescente puede llevarle fácilmente. Un cuidado especial se impone cuando se trata de iniciar a los adolescentes en la amistad con Cristo, y todavía mayor, si cabe, tratándose de muchachas, por su psicología especial en materia de amistades<sup>31</sup>. La religiosidad de los adolescentes está fuertemente marcada por los fenómenos afectivos que llevan al adolescente a buscar cierto fervor sensible, manifestado por la espera de sentimientos reconfortantes y calmantes. Escuchemos al respecto a Juan Plaquevent:

«Aquí se presenta otro peligro que nos parece muy nocivo, sobre todo en la adolescencia, donde nuevamente aparece la diferencia psíquica de los sexos. Nunca se sabrá evitar con demasiado cuidado, por las imágenes y el género oratorio o literario adoptado, el inspirar a los adolescentes una piedad estúpidamente sentimental para con la humanidad de Cristo. La coloración inevitablemente sexual de tales sentimientos puede desviar duraderamente el alma femenina o, por reacción, provocar en ella una especie de náusea incoercible

<sup>30</sup> *Carta dirigida al episcopado francés*, en «Documentation Catholique», 5 de febrero de 1961, p. 166, citado por P. GRIEGER en *Caractère et Vocation*, p. 87.

<sup>31</sup> «La amistad entre muchachas se asemeja más al amor por sus exigencias, celos, gusto pronunciado por separarse de las demás, la necesidad de confidencias y de secretos, la parte también mayor que tienen aquí los cuerpos, la complacencia física»: JEAN RIMAUD: *L'Education, direction de la croissance*, Aubier, 1961, pp. 204-205. Cfr. ANGEL DEL HOGAR: *Psicología de las muchachas*. Desclee, 1964, p. 111 ss.

respecto a toda devoción a Cristo. El mismo peligro es más raro, pero puede darse, y aumentado de posibles perversiones, en los adolescentes: no hay que olvidar en esta edad crítica el margen de indeterminación sexual. Es decir, que, tanto para un sexo como para el otro, la formación religiosa debe guardarse como del fuego de toda excitación demasiado fácil. Hay que formar las almas jóvenes del muchacho y de la muchacha en la adoración "en espíritu y en verdad",<sup>32</sup>.

Cuando esta religiosidad sea purificada de sus caracteres sentimentales y sensibles, llegará a ser una vida auténtica de fe. Habrá que superar la noción «del Dios confidente de los estados de ánimo» y de la visión subjetiva y espontánea del «Dios de la naturaleza y de los filósofos», para llegar al contacto verdadero con el Dios de la Revelación, cuyo rostro y pensamientos de amor nos son revelados sólo mediante la gracia en Jesucristo.

Sin embargo, las dominantes afectivas, el gusto de las amistades, el nacimiento del amor, provocan un sentimiento nuevo en las relaciones con Cristo y fácilmente trasladan esta amistad humana a su trato con Jesucristo, lo que ha hecho decir a los psicólogos que la adolescencia es un «período sensible del conocimiento de *Cristo como amigo*».

2) Una amistad auténtica ayuda al adolescente a descubrir y a apreciar en Jesucristo un *amor de predilección*, de confianzas y una abnegación ilimitada: la amistad le dispone a la reciprocidad. No se puede tener un conocimiento *explícito y consciente* de un aspecto del mensaje cristiano, si no se tiene una *experiencia humana analógica*: no podemos entrar en el conocimiento explícito de la amistad sobrenatural de Cristo sin la mediación de la experiencia de una amistad humana. Sin duda, es evidente que se puede conocer y vivir *implícitamente* la Alianza en Jesucristo sin experiencia humana de amistad; pero el conocimiento explícito será imposible sin esta mediación. Es esta experiencia la que funda los «períodos sensibles» para la religión de Cristo, como privilegiados para el crecimiento de la fe. En el plano del conocimiento, la fe encuentra en la experiencia humana analogías para definirse y expresarse claramente: la catequesis sobre Cristo podrá expresarse más adecuadamente gracias a la analogía de la amistad; en el plano de la vida, el adolescente está empujado a descubrir las significaciones espirituales de su experiencia humana y

---

<sup>32</sup> JEAN PLAQUEVENT: *Différence des sexes et formation religieuse*, vol. V, números 2-3, 1950, pp. 306-307.

está dispuesto a mejor vivirlas, por la razón precisamente que su experiencia resuena con profundidad en su personalidad <sup>33</sup>.

Que la presentación de la amistad con Jesucristo tropieza con escollos, es indiscutible: basta recordar lo que hemos dicho al hablar de las tendencias monofisitas y nestorianas en relación con ciertas devociones cristológicas, y lo que acabamos de ver con las desviaciones sentimentales que pueden darse. Que todas las relaciones del cristiano con las Personas de la Santísima Trinidad, con el Salvador en particular y su Cuerpo místico, no pueden formularse en términos de amistad, es manifiesto. No obstante, no puede ignorarse el itinerario espiritual de muchos jóvenes; itinerario que, en el fondo, se asemeja mucho al de los apóstoles. Estos han visto, tocado, oído el Verbo de Vida <sup>34</sup>; poco a poco, el Señor ha llegado a ser todo para ellos; por El han sido introducidos progresivamente en el conocimiento y el amor del Padre, y luego en el del Espíritu Santo. En otros términos, la mediación de la humanidad de Cristo ha sido para ellos un hecho de experiencia, al mismo tiempo que era un objeto de enseñanza de parte del Señor; Cristo les ha introducido en su misterio, revelándoles su interior y obrando dentro y fuera de ellos.

En los adolescentes, de ordinario, constatamos primeramente el atractivo ejercido por la persona de Cristo: para unos, es el Amigo sobre todo; para otros, es el Jefe, o el que es Belleza, o el que es, como para San Juan, Luz y Vida. Su afecto a Cristo tiene algo de exclusivo, pero no hay que inquietarse por ello, ya que en el orden del amor humano es un hecho habitual que una persona descubierta recientemente y ardientemente amada cierre por un tiempo el horizonte. Si los adolescentes son ayudados fiel y discretamente, progresarán en el conocimiento del alma de Cristo, completamente orientado hacia la glorificación del Padre y hacia la salvación de los hombres. Pero hay que notar que Cristo guardará para los adolescentes un afecto particular, incluso después de haberlos introducido cerca de su Padre y de sus hermanos. Oigamos algunos testimonios de adolescentes que se han «encontrado» con Cristo y para quienes Cristo es su todo: Cristo responde a su necesidad de amar y de vivir:

«La religión es el amor más noble y más hermoso, el amor de nuestro hermano y Dios, Cristo. El ha sufrido por nuestros pecados y ha muerto por nosotros. Le debemos nuestro amor» (quince años).

---

<sup>33</sup> BABIN: *Dios y el adolescente*, pp. 291-300.

<sup>34</sup> Cfr. *I Jn* I, 1-4.

«Quiero amar a Cristo intensamente, poniendo en mis actos religiosos el mayor fervor posible, sobre todo en la comunión. Es de desear que este amor se traduzca en actos; en este momento no son más que tentativas de un apostolado más vivo entre mis compañeros y esfuerzos por hacer mejor mi vida, tanto interior como exterior. Son oraciones dirigidas a Cristo para que El me conceda gracias cuando me pida que sea generoso. Le pido también tener más adelante ocasión de probarle mi amor a El aceptando los sufrimientos, y si es necesario, el martirio» (dieciséis años)<sup>35</sup>.

«Lo que hace que descubra verdaderamente a Cristo —escribe un muchacho de dieciséis años— es mi miseria, la necesidad loca que he tenido, en un momento, de agarrarme a alguien»<sup>36</sup>.

Un afecto personal y amistoso a Cristo nos prepara excelentemente para ejercitar cada vez más el amor de preferencia para con el Padre, disposición fundamental que los teólogos llaman precisamente «*amor amicitiae*», amor de amistad. La doctrina del amor desinteresado, que se afirma primero en todas las amistades personales, luego, finalmente, en el amor divino, no es otra cosa que una paráfrasis del amor declarado por Cristo a su Padre y los hombres en la víspera de su Pasión<sup>37</sup>. Puesto que Cristo, hombre y Dios, nos ha salvado, porque ha tenido siempre para con su Padre este *amor de preferencia*, amor desinteresado, que quiere ahora desarrollar en todos los miembros de su Cuerpo místico.

La amistad de Jesucristo, además, si no desvía, es también un alimento para el sentido *comunitario y apostólico* del cristianismo. La necesidad y, a veces, la solicitud por los otros es una forma inhábil y, a menudo, utilitarista de la caridad; el adolescente está ávido de comunidades que se anudan por la llamada personal en torno a alguien para una misión concreta; a impulsos desinteresados y generosos, se juntará, sin embargo, un cierto «no conformismo» que caracteriza el estilo de vida de las comunidades de jóvenes; aquí también encontramos valores morales fundamentales que preparan una auténtica vida de caridad espiritual en comunidades de fe, la solicitud por los otros lleva consigo un gusto de ascetismo libremente consentido, la salida de una mentalidad egoísta: es la puerta abierta a un hermoso cristianismo: «Amaos como Yo os he amado.» ¿Dónde mejor que en la amistad a Cristo se iniciará el adolescente en el amor del prójimo, punto capital de nuestra religión?

---

<sup>35</sup> L. GUITTARD: *La evolución religiosa de los adolescentes*, Herder, 1961, pp. 313 y 354.

<sup>36</sup> P. BABIN: *Los jóvenes y la fe*, p. 50.

<sup>37</sup> Cfr. *Jn* XV, 5-6; XVII, 10-11 y 22-23, principalmente.

Creyendo con fe viva en el amor del Salvador, el adolescente amigo de Cristo comprenderá cada vez mejor lo que representa para el Señor una persona, por humilde, insignificante y antipática que sea a los ojos de los hombres. Progresar en la auténtica amistad con Cristo es, para el adolescente, ser cada vez más y mejor el «amigo del Esposo, cuya esposa es la Iglesia, abierta a toda la humanidad y a cada alma en particular; es crecer en la abnegación a este Corazón de Cristo de donde la Iglesia ha nacido con misión universal de salvación»<sup>38</sup>.

3) *El sacramento, encuentro personal con Cristo*. Nuestra unión personal con Cristo se hace en la Iglesia por los sacramentos. Es preciso que los hombres tomen el diálogo personal *sensible y eficaz* con Cristo, a través del *signo* (sacramentum), que debe llegar a ser una mediación cada vez más *transparente*. Los sacramentos, acomodándose a nuestras condiciones existenciales de temporalidad y corporalidad, nos permiten participar de la virtualidad eterna de Cristo. Este *encuentro* inicia en nosotros el mismo proceso de transformación de nuestro ser que se ha verificado en Cristo hasta la glorificación y se verifica en su Cuerpo hasta que llegue a la estatura perfecta. En el sentido pleno, Cristo es el Misterio, el único sacramento; en el sentido preciso, sacramento es la participación sensible a este misterio: lo que llamamos así sacramento, lo es sólo analógicamente en relación al analogado principal que es Cristo.

Los sacramentos deberían enseñarse a los adolescentes como «actos del mismo Cristo, comunicando y distribuyendo la gracia de la Cabeza a los miembros del Cuerpo místico, la Iglesia»: como acciones salvíficas de Cristo hoy. A lo largo de nuestra enseñanza sobre los sacramentos, insistamos sobre el aspecto personal, mostrando que *los sacramentos son acciones personales de Cristo*, la vía normal por la que viene a nosotros ahora y nos permite vivir con El y en El, que en cada sacramento *encontramos a Cristo* como lo hizo verdaderamente el ciego que estaba en el camino de Jericó, o Nicodemo, o la Samaritana. No insistamos demasiado en el aspecto medicinal de los sacramentos:

---

<sup>38</sup> Cfr. DELCUVE: *L'amitié de Jésus-Christ et la formation religieuse des adolescents*, en «Lumen Vitae», vol. VII, número 4, 1952, pp. 596-616; G. LEBACQZ: *La gran amistad*, Ed. Atenas, principalmente la parte primera y última; RIMAUD: *La direction de la croissance*, Aubier, París, 1954; NOSENGO: *Formazione cristocentrica*, Roma, AVE, 1941; CHRISTIN: *Obr. cit.*, pp. 49-64; BABIN: *Obr. cit.*, pp. 34-54 y 80-126; ANGIONI: *La direzione spirituale nella età evolutiva*, Bologne, 1960, pp. 185-231.

exhortando constantemente a nuestros adolescentes a «acercarse» a ellos porque encontrarán la gracia para superar las dificultades personales; nos objetarán que esto no está confirmado por la experiencia, que no han encontrado el socorro que esperaban; y en tal caso, no siempre será fácil convencerles respondiéndoles que no deben juzgar según sus sentimientos y que deben cooperar con la gracia que se nos da.

Las encuestas sobre el modo cómo los adolescentes «se representan a Dios» indica que un gran número de ellos se complace en designarlo como un «amigo», como el «Amigo perfecto». Dios es visto a través de Cristo e incluso en Cristo por el adolescente, alcanzando así un aspecto formalmente cristiano de la Revelación: «Nadie va al Padre si no es por Mí»<sup>39</sup>. Cristo llega a ser el compañero de vida del adolescente que se ha encontrado a Cristo como lo fue para los apóstoles, los discípulos, como lo vemos expresamente en particular con los discípulos de Emaús, cuyo «corazón ardía mientras el Señor les hablaba». Y es que *Cristo responde a las aspiraciones profundas de los adolescentes*, como el P. Babin lo repite a saciedad en su profundo libro acerca de la psicología religiosa de los jóvenes; bástenos citar dos textos que hablan por sí solos:

«Rompiendo de nuevo (el adolescente) los límites de su yo, entra en un mundo más vasto y rico de relaciones interpersonales. Después del amor filial, conoce el amor de amistad, antes de conocer mañana la expansión en la paternidad. ¿No está preparado providencialmente desde ahora para acoger con mayor conciencia el misterio de la *alianza en Jesucristo*: apertura a la dimensión de la eucaristía, con todo lo que encierra de gracia, de universalidad, de ternura, de profundidad, en el intercambio mutuo, sensible y espiritual?»

La adolescencia constituye un «período sensible» del conocimiento de Cristo como amigo y significado último del universo.

Paso profundo, siendo así, que sacará al joven de su egocentrismo, le hará existir como amigo de los hombres en Cristo y le dispondrá poco a poco para la plena dimensión del amor en la obra de la vida.»

«Los verdaderos educadores cristianos —los que hablan de Cristo y, a la vez, dan testimonio de una caridad efectiva— saben hasta qué punto los jóvenes renacen a la esperanza y «resucitan» cuando se sienten humana y realmente amados hoy por Jesucristo»<sup>40</sup>.

¿Cómo mantener esta familiaridad e intimidad con Cristo? La vida eucarística es ciertamente el factor principal. Si, desde el punto de vista teológico, la *Eucaristía* es la fuente de la vida que une íntimamente con Dios por Cristo, desde el punto de vista de la psicología de la

<sup>39</sup> Jn XIV, 6.

<sup>40</sup> P. BABIN: *Los jóvenes y la fe*, pp. 122 y 150.

vida espiritual, es por excelencia el sacramento de la adolescencia, aspecto que no siempre se ha explicitado bastante o, por lo menos, no se ha alimentado en él la pastoral de la adolescencia. La Eucaristía es el sacramento de todas las edades con una virtud específica para cada una. No se puede hacer nada mejor ni mayor aquí abajo que celebrar la Eucaristía. Es la acción por excelencia. Educar a la Eucaristía, conducir a la Eucaristía, es conducir el hombre y a la asamblea cristiana al punto culminante de madurez y de existencia terrestre. Toda educación, toda vida espiritual deberían tener su fuente y su cima en la Eucaristía.

Respecto a la adolescencia, sería una visión demasiado estrecha y pobre reducir la Eucaristía a la misión (aunque útil y verdadera) de remedio contra la impureza. Esta influencia es real, preservativa y curativa al mismo tiempo. Pero esto es sólo consecuencia de un refuerzo de la caridad, que es el efecto propio de la Comunión de Cristo. De esta caridad tiene necesidad el adolescente para encontrar y mantener la línea de fuerza sobrenatural en medio de la efervescencia de la que es teatro. Por medio de la Comunión de Cristo llegará a vivir en unión con Dios, que, en frase feliz de Barbey, «es mayor que nuestro corazón». En una presentación de la Eucaristía, lo esencial, para adolescentes, es mostrarles constantemente la relación con su vida y *la relación de encuentro personal con Cristo*<sup>41</sup>.

## CONCLUSION

La inquietud y experiencia dolorosa de la insuficiencia propia, el hastío y cansancio de la vida, el fracaso de las fuerzas instintivas, la necesidad de salvación, podrán representar un papel muy favorable en la evolución de la vida religiosa del adolescente. La necesidad de seguridad y de felicidad nos ofrece una base espléndida para «un *encuentro personal con Cristo*», que aporta al adolescente: la plenitud

---

<sup>41</sup> Cfr. LEON BARBEY: *L'orientation religieuse des adolescents*, Editions de L'Ecole, París, 1962, pp. 98 ss., 124 ss., 130 ss.; BABIN: *Itinéraire de catechèse pour les adolescents*, Direction de l'Enseignement Religieux, Lyon, 1958, pp. 64-74; L. DE GRANDMAISON: *La religion personnelle*, París, Gabalda; MARCEL VAN CASTER: *L'appel que Dieu nous adresse en Jésus-Christ*, en «Lumen Vitae», XVI, 1961, número 1, pp. 43-61; JEAN MOURoux: *Je crois en toi*, Ed. de la Revue des Jeunes, 1949; DON COLUMBA MARMIÓN: *Cristo, vida del alma, Cristo en sus misterios...*; SCHILLEBECK: *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*, Ed. Dinor, San Sebastián.

a la alegría y ansia de vivir, la respuesta a esa necesidad y aspiración de dicha, la transfiguración de cada esfuerzo noble y virtuoso. Desde el fondo de su miseria el adolescente descubre a Cristo Salvador, a condición que encuentre un amigo, sacerdote, educador o un movimiento juvenil y que, además, sepa superar una preocupación de búsqueda de soluciones inmediatas, pragmatistas, de sus necesidades personales.

Hemos podido darnos cuenta de lo difícil y delicado que resulta a esta edad presentar la personalidad de Cristo. Razón de más para tener en cuenta *los principios doctrinales, psicológicos y pedagógicos* que toda catequesis, digna de ese nombre, exige. Así, nos apoyaremos en la psicología de los adolescentes para mostrarles un Cristo que responde a las nobles aspiraciones de su sensibilidad profunda; les ayudaremos a reconocer que su fe en Cristo se justifica y forma un todo coherente y armónico; les invitaremos a recorrer y a ponerles en contacto directo, de igual modo que lo hacen en los estudios literarios, con el Evangelio, y a acudir al texto sagrado para ahondar por una lectura, un estudio y una contemplación personal, el sentido de esta palabra de Dios en Cristo y anunciada, proclamada y vivida por la Iglesia. Haremos así que Cristo sea el Modelo, Compañero y Amigo por excelencia de su juventud; de este modo les facilitaremos el «*encontrarse personalmente con Cristo*», y experimentarán entonces, en lo más profundo de su alma, y en vistas del diálogo más vital, que Cristo, Palabra viva de Dios, les invita y llama a un conocimiento más íntimo y vital de El, a seguirle con fidelidad y totalidad, a estar y actuar con El, a darle un auténtico testimonio, para que todos los hombres y, en particular, sus compañeros adolescentes, participen y vivan de esta «comunión» con el Padre en Cristo por el Espíritu Santo.

Nuestra catequesis tiene que ser cristiana, es decir, *centrarse en la Persona de Cristo*. Nuestro deber es conducir a los muchachos y muchachas a Cristo, que reconozcan claramente en El al Salvador. No es nuestro problema celebrar a Cristo, Señor de todas las cosas, sino de predicar a nuestros jóvenes, que viven en un mundo descristianizado, el *cristianismo* auténtico: la *Buena Nueva* que Dios nos ha comunicado por Cristo. Una presentación cristocéntrica pone constantemente al hombre frente a la *opción fundamental*: opción por o contra Cristo. Sí, Cristo debe ser el centro de nuestra catequesis; pero un Cristo que exige una elección personal, que plantea cuestiones inevitables: «Y tú, ¿quién dices que soy Yo?» Esta irrupción de

la luz en las tinieblas de la adolescencia turbada puede únicamente dar la solución duradera y profunda a los problemas morales y existenciales más íntimos de nuestros adolescentes: la grandeza de Cristo resucitado puede llevar a término el apetito de grandeza personal del muchacho; el triunfo pascual asegura la victoria en el combate interior entre los instintos carnales y la sed ardiente de pureza; la victoria del Libertador de todas las trabas da el sentido de la verdadera libertad, por la que tanto ansían nuestros adolescentes y muchachas de hoy y de siempre. En una palabra, es una doctrina y espiritualidad pascales lo que necesitan y esperan de nosotros catequistas, sacerdotes o educadores, los adolescentes de nuestro tiempo. Vivimos «in Christo»: nuestra enseñanza deberá darse enteramente también «in Christo»; el Mensaje se concentrará, pues, de modo vivo y principalmente en *Cristo pascual*, Cabeza de su Cuerpo místico, obrando en nosotros para llevarnos al Padre. Expliquemos claramente a los adolescentes que los sacramentos son actos personales de Cristo.

¿Cuál es, pues, nuestro objetivo? *El encuentro personal del adolescente con Cristo*. Es decir, llegar a que el adolescente *redescubra* a Cristo en la edad en que debe asumir la responsabilidad de su fe y *se adhiera* a El en una «comunión» íntima y personal. Presentar una *llamada de Cristo* al adolescente más auténtica, más viva, más actual, más asequible y adaptada a sus íntimas aspiraciones. Mostrarle un Cristo vivo y actual; Cristo, centro del mensaje de salvación; Cristo, centro de nuestra concepción de vida y de acción en el mundo moderno. Presentar Cristo llamando a los adolescentes a la vida, a la felicidad, al amor, a la libertad, a su amistad: para provocar en el adolescente y en la muchacha una *respuesta* más ilustrada, una *adhesión* más leal, una *entrega* más generosa e incondicional a Cristo. Así facilitaremos el encuentro personal del adolescente con Cristo y habremos conseguido el fin más noblemente apostólico que podíamos ambicionar en nuestra catequesis: que Cristo sea para el adolescente el Camino, la Verdad y la Vida.